

San Pablo, apóstol de los gentiles

“Examinen todo y quédense con lo bueno”

Por ANA MARÍA BALDRICH

El 28 de junio de 2008, al cumplirse dos mil años del nacimiento de Saulo, que luego se convierte en Pablo, el papa Benedicto XVI inauguró el Año Paulino en la basílica de San Pablo extramuros, período jubilar que se extiende hasta el 29 de junio del actual año, y que tiene como centro a Roma, pero que implica a toda la Iglesia y, como parte de ella, a la que peregrina en Cuba.

Nos referiremos seguidamente, pues, a alguien que “tras Jesús, es el personaje de los orígenes del que tenemos más información, y probablemente el de mayor influencia en toda la historia del cristianismo”, como afirma su santidad Benedicto XVI.



De perseguidor a converso

El nacimiento de san Pablo se sitúa por los historiadores entre los años 7 y 10 D. C. en Tarso de Cilicia, floreciente y populosa ciudad griega, en la actual Turquía. Descendiente de una familia judía en la diáspora, recibió su formación básica en la casa de sus padres, en la sinagoga del barrio y en la escuela anexa a la misma. Esta formación comprendía aprender a leer y a escribir, estudiar la Ley de Dios y la historia de su pueblo y asimilar las

tradiciones religiosas.

Pablo nació y creció en el ambiente protegido y rígido del barrio judío y desde él contemplaba el panorama hostil de la gran ciudad griega. Estos dos ambientes marcaron su vida. Él tenía dos nombres: el judío Saulo y el griego Pablo.

Además de la formación básica en Tarso, Pablo recibió instrucción superior. Se formó en la escuela rabínica de Jerusalén, en la estricta observancia de la Ley, según las doctrinas fariseas. También fue formado en el trabajo manual, específicamente como fabricante de tiendas o tejedor de pieles de cabra. Llegó a ser ciudadano romano por nacimiento, lo cual significa que dicha condición fue heredada de su padre o abuelo, lo que indica su procedencia de una familia acomodada.

Ciudadano romano, alumno de Gamaliel, dotado de instrucción superior, miembro activo de su comunidad, Pablo tenía, por tanto, un futuro promisorio y la posibilidad de una brillante carrera. Llegó a ser, asimismo, un tenaz perseguidor de cristianos.

Entre los años 34–36 D. C. (otros estudiosos lo sitúan entre los años 33–35) tuvo lugar su conversión en el camino a Damasco, en Siria, cuando contaba con aproximadamente 28 años de edad. Ese suceso transformó radicalmente el sentido de su vida y ha quedado grabado en la memoria colectiva según una tipología fantástica, que representó Caravaggio en su cuadro (imagen de nuestra portada) que se conserva en la iglesia romana de Santa María del Pueblo: un enorme caballo mira de soslayo a un Saulo ciego,

caído en el suelo. Esta cristofanía, recogida en el *Evangelio* de san Lucas y en *Hechos de los Apóstoles* no incluye semejante escenografía ecuestre.

En el camino de Damasco, de improviso, el perseguidor Pablo, recibe la certeza de que Dios lo acoge y le muestra su amor. De ahí en adelante, la experiencia de la gratuidad del amor de Dios dará rumbo a la vida de Pablo y lo sostendrá en las dificultades y crisis que le sobrevendrán.

Ella es la nueva fuente de su espiritualidad, que hizo brotar en él una “poderosa energía”, mucho más fuerte y exigente que su anterior voluntad de practicar la Ley y alcanzar la justificación. Pablo miraba antes a un Dios lejano y procuraba alcanzarlo mediante la observancia de la Ley y la tradición de los antiguos. Ahora, sintiéndose acogido y justificado por Dios, ya podía olvidarse de sí mismo y de su propia justificación y pensar sólo en los otros y servirles mediante la práctica del amor, «que es la plenitud de la Ley» (*Rm 13, 10; Ga 5, 14*).

Mientras Pablo, después de su encuentro con el Resucitado en el camino a Damasco, permanecía ciego, Ananías recibió del Señor, en una visión, la orden de ir a visitarlo e imponerle las manos para devolverle la vista. Ante la objeción de que Saulo era un perseguidor peligroso de los cristianos, recibió como respuesta: Este hombre debe llevar mi nombre ante los pueblos y los reyes. «Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre» (*Hch 9, 16*). Recobrada la vista, mediante la imposición de manos de Ananías, fue bautizado.

Comienza entonces un proceso de maduración que se extiende por un período de aproximadamente 13 años. Es sorprendente cómo el futuro Apóstol, teniendo aún en su interior la fiebre de su fe pascual, no pasa de repente a la acción, según parece sugerirlo *Hch 9, 20-25*. Entre el bautismo de Pablo y esos acontecimientos hay que contar tres años de permanencia en el desierto de Arabia. Posteriormente debió de haber participado en la vida de las comunidades, aunque no exento de dificultades por su fama de perseguidor. No obstante, debe haber anunciado el *Evangelio* y contribuido al crecimiento de las comunidades cristianas en Siria, Arabia y Cilicia; debió haber ejercido su profesión para ganarse el pan. La característica de este periodo no está en los viajes, sino en la nueva experiencia de vida, a partir de Jesús.

Viajes misioneros

A los 41 años de edad, estando en una celebración de la comunidad de cristianos en Antioquía, el Espíritu Santo motiva a Pablo y a Bernabé para que salgan del lugar donde se encuentran y vayan por el mundo para ser portavoces del Evangelio, con lo cual inician sus tres viajes misioneros que abarcaron 12 ó 13 años.

Pablo mostró, a lo largo de ese período, una notable resistencia, que le permitió viajar por diferentes lugares en condiciones muchas veces difíciles. «...Tres veces naufragué y una vez pasé un día y una noche en alta mar. Tuve que viajar no sé cuantas veces con peligros en los ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros de parte de los paganos, peligros en la ciudad, peligros en lugares despoblados, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos » (*2 Co 11, 25-26*).

En su primer viaje apostólico (45 al 48 D.C.), Pablo anduvo por las regiones que conocía: Cilicia, Panfilia y Psidia. En este viaje llegaba a un lugar, anunciaba el Evangelio, creaba una comunidad y seguía adelante. En esta oportunidad, la acción misionera de Pablo se caracteriza por la evangelización de los judíos. En el discurso pronunciado en la sinagoga de Antioquía de Psidia (*Hch 13, 16-41*) ofrece una clave para

entender el sentido de la historia del *Antiguo Testamento*, a partir de la muerte y resurrección de Jesús. En el año 49 asiste a la Asamblea de Jerusalén, primer Concilio de la Iglesia.

En su segundo viaje (49 al 52 D.C), penetró en Europa, aunque no tenía mucha seguridad sobre el rumbo que debía emprender. Quiso ir en una dirección, pero el Espíritu le mandó a ir en otra. El rumbo dependió de avisos recibidos en sueños. En este viaje anduvo de ciudad en ciudad, anunció el Evangelio y fundó comunidades, pero, a su vez, permaneció más tiempo en un determinado lugar. Lo más característico de su tarea misionera durante este periplo consistió en su apertura a los paganos, en el discurso pronunciado en el Areópago de Atenas, en Grecia (*Hch 17, 22-31*), Pablo ofrece una clave de lectura para entender el sentido de la creación, de la vida y de la cultura, a partir de la fe en Dios, creador y juez universal, que resucitó a Jesús.

En el tercer viaje (58 al 60 D.C.), el objetivo está decidido desde el principio: visita a Éfeso, de acuerdo con la promesa que hizo a ese pueblo; y allí permanece tres años para regresar después a Jerusalén. Lo más característico en este viaje es su empeño en organizar y fortalecer a las comunidades establecidas.

Cautiverio y martirio

Hacia el año 59 Pablo es apresado en Jerusalén, foco del judaísmo más fanático, y donde afrontará la mayor hostilidad. La oportuna intervención de soldados romanos evita su linchamiento en la misma explanada del templo. Tras diversos intentos de esclarecer la verdad, las autoridades romanas deciden que Pablo sea trasladado a Cesarea del Mar, donde permanecerá preso dos años.

El Apóstol tenía sumo interés por ir a Roma y lo consiguió, pues en el momento de flagelarle se acogió a su derecho de ciudadano romano invocando la autoridad del César. Tras un sinfín de peripecias, incluyendo un naufragio, tomó tierra en Malta. De allí se dirigió a Italia y, por fin, llega a Roma, en la cual permanece un año y medio bajo custodia y después es liberado.

Se conoce que alrededor del año 65, Pablo se encuentra en Roma, por lo cual queda abierta la posibilidad de que efectuara un viaje a España, ilusión acariciaba desde hacía mucho tiempo. La tradición considera, aunque no se dispone de pruebas al respecto, que el Apóstol pudo arribar a tierra hispánica.

Ya en el año 67 sufre su segunda cautividad en Roma y muere decapitado, ese mismo año en tiempos de la persecución ordenada por el emperador Nerón.

Testimonio

La experiencia de san Pablo representa el modelo de toda auténtica conversión cristiana. Tras su encuentro con Cristo resucitado, cambió radicalmente su existencia. Semejante suceso, ensanchó su corazón y lo abrió a todos. En ese momento comprendió de manera nueva la sabiduría, la verdad, la profundidad de la Ley y de los profetas. Al mismo tiempo, fue capaz de entablar un diálogo amplio con todos, por lo que así devino el Apóstol de los gentiles.

El cristianismo no es una nueva filosofía o una nueva moral. Sólo somos cristianos si nos encontramos con Cristo y si, consecuentes con ello, vamos al encuentro de los que sufren material o espiritualmente.

Convertirse significa, para cada cristiano, creer que Jesús «se entregó a sí mismo por mí» muriendo en la cruz (cf. *Ga 2, 20*) y que resucitado vive conmigo y en mí. Confiando

en la fuerza de su perdón, dejándome llevar de la mano por Él, puedo salir de las tinieblas del orgullo y el pecado, de la mentira y la tristeza, del egoísmo y de toda falsa seguridad en que nos hace creer el mundo de hoy (dinero, conocimientos, posición social...) para conocer y vivir la riqueza de su amor. Este amor debe traducirse en un corazón abierto, una gran caridad para con todos, capaz de renovar nuestra convivencia familiar, nuestro entorno de trabajo o estudio y nuestro ambiente en la sociedad.

La progresiva profundización de nuestra espiritualidad cristiana, debe contribuir a crear en nuestro entorno más cercano, que es nuestra propia familia, un ambiente de paz, armonía, optimismo y fortaleza ante los altibajos que la vida nos impone, convirtiendo a nuestra familia en un testigo vivo y atrayente de lo que Dios puede en nosotros y donde las nuevas generaciones encuentren el rico tesoro de la fe y de las virtudes cristianas que las harán crecer en la verdad y en el amor.

La familia, que logra vivir en este ambiente, se convierte en la mejor escuela para educar al hombre hacia la plenitud de su dignidad. Es el ámbito más apropiado para la enseñanza y transmisión de los valores culturales, éticos, sociales, espirituales y religiosos que son esenciales para el desarrollo y bienestar tanto de sus propios miembros como de la sociedad. Es el ámbito capaz de crear relaciones comunitarias y fraternas frente a tendencias individualistas que pugnan por imponerse.

El amor –que debe ser el alma de la familia en todas sus dimensiones- sólo es posible si hay entrega sincera de sí mismo a los demás. Amar significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender sino sólo regalar libre y recíprocamente. Gracias al amor, cada miembro de la familia es reconocido, aceptado y respetado en su dignidad. Del amor nacen relaciones vividas como entrega gratuita y surgen relaciones desinteresadas y de solidaridad profunda.

Como parte inseparable de este testimonio se encontrará el serio compromiso establecido con Dios y nosotros mismos de trabajar, según nuestros talentos y vocación, en la extensión de Su Reino en el ya de nuestros días, llevando el Evangelio de Cristo a todas las familias, pero especialmente a las más necesitadas material o espiritualmente.

La familia y su misión evangelizadora

Es conocido que el finado Juan Pablo II nos llamó a la nueva evangelización, nueva por sus métodos y por su ardor, pero portadora del mismo anuncio a que fuimos llamados como pueblo de Dios desde los orígenes de la Iglesia de Cristo. En esta nueva evangelización, se le concede un papel decisivo a la familia cristiana, la “iglesia doméstica”.

La historia confirma este importante papel de la familia en la misión evangelizadora. Conocemos, por ejemplo, que san Pablo fue hospedado en casas de distintas familias como la del matrimonio judío de Áquila y Priscila, a quienes llamó “mis colaboradores en el servicio a Cristo Jesús”. Otro caso ilustrativo es el de san Agustín, convertido por la gracia de Dios implorada con las lágrimas de su madre, santa Mónica.

La familia cristiana tiene un modo específico de evangelizar, basado no en grandilocuentes discursos o lecciones teóricas, sino mediante el amor cotidiano, la sencillez, la concreción y el testimonio diario. Con esta pedagogía trasmite los valores más importantes del Evangelio. Mediante este método, la fe penetra como por ósmosis, de una manera tan imperceptible, pero tan real, que convierte a la familia en el primero y mejor seminario de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

El servicio de los cónyuges y padres cristianos a favor del Evangelio es esencialmente un servicio eclesial. Es decir, está enraizado y derivado de la única misión de la Iglesia y está orientado a la edificación del Cuerpo de Cristo que es ella misma. Por eso, el ministerio de evangelización de la familia ha de estar en comunión y armonizarse responsablemente con los servicios de evangelización y catequesis de la diócesis y de la parroquia.

Este carácter eclesial requiere que la misión evangelizadora de la familia cristiana posea una dimensión misionera y católica, en plena conformidad con el mandato universal de Cristo: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura» (*Mc 16, 15*).

Conclusión

En realidad el horizonte del Año Paulino no puede dejar de ser universal, porque san Pablo fue el apóstol por excelencia de aquellos que, con respecto a los judíos, estaban «lejos», y que «gracias a la sangre de Cristo» llegaron a estar «cerca» (cf. *Ef 2, 13*). Por eso, en una sociedad donde muchos no han encontrado al Señor Jesús, el jubileo invita a todos los cristianos a continuar el siempre difícil y nunca acabado proceso de conversión, cuyo ascenso se transparenta en una mayor coherencia de vida con la fe: en la familia, en el vecindario, en el trabajo, en la escuela, en fin, en cualquiera de los escenarios en que se desarrolla nuestra vida.

Demos gracias al Señor porque llamó a san Pablo y lo transformó en luz de los gentiles y maestro de todos nosotros ante la evangelización a la que estamos convocados. Pidámosle también a María de la Caridad, nuestra madre celestial, que interceda por nosotros para que, por los méritos de su Hijo, nuestra fe se haga vida y nuestra vida se haga fe, para la mayor gloria de Dios.